

Stella Corvalán

Decir el mar



DECIR el mar con labio distraído
y luego sonreír y estar alegre
sin que su magestad nos aniquile,
decir olas, cual decía mariposas
sin comprender su entrega y su derrota.
Decir la roca y no mirar su obscura
y adusta mansedumbre
que al tiempo desafía,
es no dejar que el alma se liberte
de estas cárceles rojas.
El mar cuando se dice
ha de ser llamarada sobre el labio,
debe abrir en la boca
tal angustia de hondura y desamparo
que duela la sonrisa mentirosa
y las palabras huecas que nos damos.
El mar es la perfecta certidumbre
que nos une a los astros,
mirad el horizonte, acaso veáis

como el cielo se rinde ante su abrazo,
por eso el mar bautiza con sus sales
el corazón humano.

Yo dije alguna vez mar escondido
y fué verdad que lo llevé en el alma,
hundí el espíritu en sus marejadas
y comprendí el humano desencanto.

Porque las creaturas desvalidas
que van erguidas en altares vanos
ignoran las lecciones de infinito
que en su paciencia blanca dan las olas.

Y se dejan vivir y no comprenden
el lenguaje que el mar guarda en sus ondas.

Decir el mar con labio distraído
e ignorarlo en su místico abandono,
en su cárcel eterna de la espuma
que no alcanza a limar el borde ansioso,
es no querer abrir la brecha clara
que nos daría el éxtasis gozoso.

Hay que aprender el mar para incendiarse
en su fuego cautivo,

en esa rebeldía desatada
que luego besa el áspero granito,
porque acaso sepáis que esa grandeza
y ese furor altivo

se tornan pronto en obediencia pura,
porque acaso sepáis que sin rencores,
vive besando con unción dolida
las agrias ligaduras.

¡Qué lección de virtud lo que él entrega
levantando en el aire estremecido
su más alba bandera!

Por eso hablar del mar es sumergirse
en un abismo cruel de pensamientos;
es levantar la aurora, entre los dedos
tal una leve copa de alabastro.

es hablar de azahares repartidos,
es sentir plenitud y estar llorando.

Que el mar no es la palabra que se dice
sino el eco que muere en los arcanos.

Acaso un niño logre retenerlo
en la cuna pequeña de sus manos,
que tienen el mar soberbia en sus embates,
mas no frente al capullo que detiene
junto a las magestades su milagro.

Decir el mar con labio distraído
y luego dividirse en sueños fatuos,
es estar junto al alba y no sentirla,
es ignorar la entraña del silencio,
el jazmín de la tarde y los ocasos.

Hablar del mar es suspender el mundo
en la encendida cuerda de los astros.